

DÍAZ DE TUESTA

*Una noche  
en el Tàmesis*



*Un paseo en barca al anochecer, un encuentro que se enreda en un entramado de engaños, y que puede llegar a provocar un desastre.*

*Y es que, ¿de verdad puede el amor perdonarlo todo?*

Han pasado varios años desde que desapareció Minnie, la hermana pequeña de Arthur Ravenscroft, marqués de Badfields, pero él no se ha detenido en el empeño de encontrarla y volver a llevarla a casa, a salvo con su familia. Está decidido a todo con tal de lograrlo, incluso al engaño y el secuestro. Es un hombre sin límites. Ni la ley ni la moral se interpondrán en su objetivo.

Ishbel Puscat, hija del duque de Dankworth, tiene clara una cosa: será ella quien elija al hombre con el que recorrerá el camino hacia el altar, ella y ningún otro. Por eso, tras descubrir que su padre la ha prometido sin consultar su opinión, y con alguien a quien detesta, decide embarcarse en un plan tan loco como arriesgado: arruinar su reputación con uno de los mayores crápulas de Londres, el pérfido marqués de Badfields.

## Índice de contenido

Cubierta

Una noche en el Támesis

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

*Para Lola (editora) y Pilar (correctora),  
con todo mi cariño y mi agradecimiento.  
Mis historias siempre son mejores gracias a  
vosotras.*

# Prólogo

Siete años antes...

Manderland House, dormitorio de Arthur Ravenscroft  
Londres, mayo de 1820

Como cada noche en los últimos tiempos, lord Badfields entró en la mansión por una de las puertas de servicio. Se tambaleó por los pasillos, sonrió a una doncella que abrió su puerta, pero a la que no podría atender en condiciones dada su borrachera, y subió varios pisos de escaleras, a veces arrastrándose literalmente, hasta llegar a su dormitorio.

El ayuda de cámara, que ya conocía sus costumbres, había dejado encendidas las velas del escritorio y las de la mesilla. Le hubiese esperado despierto él mismo, como había hecho tantas veces en el pasado. De hecho, durante años se había empeñado en ello pese a que Arthur no quería encontrárselo allí, y lo hizo hasta que le amenazó con empezar a llevar la corbata mal puesta en público, para avergonzarle.

Si algo odiaba Arthur Ravenscroft, hombre de pocos odios, era encontrar gente en su dormitorio cuando llegaba en esas condiciones. Lo único que quería era caer de bruces sobre el colchón y quedarse dormido.

Pero esa noche no iba a ser posible.

Su hermana pequeña, Minerva, estaba sentada en el borde de la cama. De un modo inconsciente, se extrañó al

verla vestida y con el cabello recogido a esas horas, en vez de estar con su camisón y el pelo largo suelto, bien cepillado, aunque la idea se le fue de la cabeza casi al momento.

—Arthur...

—Pero ¿qué haces aquí, Minnie? —dijo, con esfuerzo—. ¡Es muy tarde! ¿Qué quieres?

Ella le miró muy seria.

—Tienes resaca.

Arthur se echó a reír.

—No, pequeñaja, eso será mañana. Ahora todavía estoy placentemente borracho. —Tiró de la corbata mientras se quitaba la chaqueta. Tuvo algún problema que otro, porque le dio la impresión de que un tercer brazo se empeñaba en enredarlo todo, pero al final se libró de ella y la arrojó a un lado, sin ningún cuidado. Un nuevo disgusto para su ayuda de cámara—. Vete a tu cuarto, anda.

—No, escucha, Arthur... Tengo que hablar contigo.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—¡No! ¡Si pudiera esperar a mañana, no estaría ahora aquí!

—Oh, por todos los demonios... —Fue hacia la cama y se sentó a su lado, aunque casi inmediatamente se dejó caer tumbado de espaldas, con un gemido—. A ver, ¿qué ocurre, pequeñaja?

—Esta tarde he oído a padre, en su despacho, hablando con ese viejo repugnante de Dankworth.

—¿Dankworth?

El duque de Dankworth, que alardeaba de su título de «Sátiro de Londres». Esa misma noche le había visto en un burdel. Con casi setenta años, se dejaba querer por dos prostitutas muy jóvenes, que si tenían más de veinte años, ya no le interesaban. Menudo viejo perverso.

Últimamente, Arthur había oído rumores sobre su posible sífilis. A saber. Desde luego, no sería sorprendente algo así.

—Qué infierno —murmuró—. ¿Qué decían?

—Han acordado el matrimonio. ¡Y dicen que será lo antes posible! —exclamó, alarmada y llena de indignación—. ¡Pretenden anunciarlo la semana que viene y celebrarlo en verano, a finales, como muy pronto! ¿Te das cuenta? ¡Ni siquiera habré llegado a cumplir los dieciséis!

—Bueno...

Entendía bien el enfado de Minerva. Menudos dos, aquellos insignes lores, mercadeando con el virgo de una niña. Era tan culpable el vicioso de Dankworth como su padre, que la vendía al mejor postor sin ningún escrúpulo. En lo que a él se refería, jamás consentiría que semejante matrimonio se cumpliera, de hecho ya había ido dando algunos pasos al respecto, hablando con el hijo y heredero de Dankworth, para que intentase controlar a su padre.

Claro que no pensaba decírselo a Minerva. Le gustaba pensar que había colaborado positivamente en la educación de su hermana pequeña, y eso pasaba por no ser para ella un muro de contención ante las adversidades de la vida, sino alguien que la apoyaba y la ayudaba desde la sombra. Siempre la animaba a llevar a cabo sus luchas y a vencerlas por sí misma, y de un modo aplastante.

En parte gracias a eso, a sus quince años, Minerva era una jovencita con mucha personalidad. Tenía carácter y fuerza propia más que suficientes, y no necesitaba que ningún hermano mayor viniera a minar esas cualidades.

—¿Bueno? —protestó Minnie—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—No, tonta. Comprendo tu preocupación. Pero una cosa es lo que ellos quieren y otra lo que tú vayas a permitir. O madre. Ella no suele oponerse a padre, pero en este caso todavía no se ha pronunciado, y creo que hará una excepción.

—No lo entiendes. Tú eres un hombre, a ti te consienten muchas cosas que a mí me están totalmente vedadas.

—Oh, no empieces. Eres la niña de papá...

—Claro que sí, y se supone que la niñita de papá es siempre obediente. Madre ya me ha dicho que tendré que hacer lo que padre diga, porque es mi obligación. Tú heredaras todo esto y tendrás que trabajar para mantenerlo y que mejore, de mí solo se espera que haga un matrimonio que acreciente el poder de los Manderland, y Dankworth es una oportunidad única.

—Por Dios. —Arthur se llevó las manos a las sienes—. ¿No podrías hablar en frases cortas, y bien separadas?

—Idiota. —Le dio un manotazo en la pierna. Luego, se dejó caer también hacia atrás. Juntos, miraron el techo de la cama de dosel durante unos segundos. Arthur cerró los ojos, sintiendo que le vencía un sueño irresistible. La voz de Minnie le llegó como si viniese de muy lejos. Sonaba pensativa, algo monótona—: Me da igual. No voy a casarme con ese viejo repugnante. Ni siquiera voy a permitir que todo esto siga adelante. ¿Me oyes?

—Sí...

—¡Arthur! ¡Te has quedado dormido!

Le dio un empujón en el hombro. Arthur volvió a abrir los ojos, sobresaltado y muy aturdido.

—¿Qué? ¡Que no, de verdad! ¡Solo había cerrado un momento los ojos, no estaba...!

—¡Mentiroso! ¡Dijiste que me ayudarías y te estás quedando dormido! Claro que no me extraña. ¡Apesta a alcohol!

—No me grites, Minnie, por el amor de Dios. —La empujó también, pero tan flojo que no pudo ni moverla del sitio—. Mira, vete, largo de aquí. Ya hablaremos mañana.

—No, no puedo esperar. Tengo un plan y...

—Venga ya. ¿Qué prisa hay? No te van a casar de noche. —Volvió a cerrar los ojos—. Creo que ni sería legal, pero no me hagas mucho caso, porque yo de esas cosas no entiendo.

—¡No te burles, Arthur! Esto es muy importante. Escucha, voy a...

Imposible. Quería mucho a Minerva, muchísimo, pero estaba demasiado borracho. Además, hubiese dado igual, porque no era capaz de luchar contra el sueño. Sintió que tiraba de él, esta vez de una forma irresistible, y la realidad no pudo retenerle más.

Envuelto en los vapores del mucho champán que había bebido, Arthur cayó y cayó, se sumió más y más en una profunda negrura, de la que no salió hasta una eternidad después.

—¡Arthur! ¡Arthur, despierta!

La voz fue lo primero de lo que fue consciente, y tardó unos segundos en identificarla. Era su madre. ¿Su madre? Ni recordaba la última vez que había ido a su dormitorio.

No solo eso, sino que le estaba agitando con fuerza. Consiguió abrir los ojos y la vio. Estaba muy pálida.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre? —preguntó, intentando soltarse. Le estaba haciendo daño—. Madre, ¿qué pasa?

«Oh, por todos los demonios», pensó, llevándose las manos a las sienes. Le estallaba la cabeza.

—¿Te ha dicho Minnie algo? —le preguntó su madre—. ¿Sabes algo?

—¿Algo? ¿De qué?

Lady Manderland le miró angustiada.

—Minnie ha desaparecido.

# Capítulo 1

—¿Qué? —exclamó con aire digno el joven Sloan Puscat, el atractivo marqués de Glèdhorcha, en uno de los elegantes salones del club Brooks's—. ¡No puede pedirme eso!

Arthur Ravenscroft, heredero del duque de Manderland y con marqués de Badfields como título de cortesía, compuso una mueca inocente, algo que resultaba casi turbador en alguien como él. Moreno y sumamente atractivo, tenía un rostro de rasgos bien equilibrados y unos ojos grandes y negros, rasgados de un modo que le hacía parecer a la vez hermoso y perverso.

«Los ojos de un demonio», había dicho más de una dama. Pero no por eso habían dejado de sucumbir a sus encantos.

—Lo siento mucho, lord Glèdhorcha, de verdad —dijo, encogiéndose indolentemente de hombros, en un gesto ensayado muchas veces frente al espejo. Como buen dandi que era, no dejaba ningún detalle de su aspecto al azar—. Sé que se trata de algo por completo inapropiado, pero no me queda otro remedio. Le consta que tengo una apuesta con otros caballeros, y lo difícil que me resultaría ganar algo así, sin contar con su ayuda.

El muchacho afirmó la mandíbula, pensativo, y Arthur aprovechó para servir por su cuenta otra ronda de la bote-

lla de buen *whisky* escocés con el que le estaba obsequiando. «Escocés para un escocés», pensó, divertido.

Glèdhorcha podía haber nacido en Londres y ser inglés hasta la médula por parte de padre, el oscuro duque de Dankworth, pero no podía negar la sangre de sus ancestros del norte. Estaba en aquellos ojos verdes, y en aquel cabello rojo que llevaba algo más largo de lo habitual, lo que le daba un aire a la vez aguerrido y soñador.

—Desde luego, su pretensión de pasear a solas en barca con una dama, y de noche, es totalmente inaceptable —musitó, y agitó la cabeza—. Lord Badfields, hágame caso: debería asumir que le va a tocar pagar.

—Ya. A eso estaba abocado, y casi me había rendido, se lo aseguro. Pero, entonces, me he acordado de su pequeño problema, amigo mío, y se me ha ocurrido la idea de que colaboremos juntos, por el bien de ambos. Usted puede salvarme de una situación tan... incómoda. Tenga en cuenta que mis dos amigos han podido afrontar con éxito sus propias apuestas, incluso Rutshore, que tiene fama de ser tan divertido y audaz como una de esas momias que exhibe en su museo.

—Sí, lo entiendo.

—Qué le vamos a hacer, me gustaría no ser el único en fallar en el empeño. Y, a cambio, yo puedo conseguirle una cita a solas con *lady* Letizia Keeling. —Frunció el ceño—. Para hablar, por supuesto. Y conmigo fuera, justo al otro lado de la puerta y dispuesto a entrar si usted se propasa lo más mínimo.

Glèdhorcha le miró ofendido.

—Pero qué dice. ¡Yo nunca haría eso!

—Lo sé, hombre. —Arthur se echó a reír. ¡Qué serio era el escocés! O quizá todo se debía a que estaba tenso. Era joven y se encontraba hablando con uno de los individuos más notorios y más libertinos de todo Londres, con la esperanza de que le pusiera en contacto con Lizzie Keeling, es-

quivando al hermano mayor de la joven. Escandaloso—. Solo bromeaba.

—Oh. Perdone. Respeto muchísimo a *lady* Letizia. — Glèdhorcha se removió en el asiento, atormentado—. Si tan solo su hermano no fuera tan intransigente.

—Me temo que lord Gysforth no simpatiza con su padre, lord Glèdhorcha, pero tiene suerte, porque yo sí simpatizo con usted. Creo que sus afectos son sinceros y que es un joven íntegro que merece una oportunidad. Además, reconozco que me siento muy identificado con usted — añadió, con una sonrisa que esperaba resultase cercana, amistosa—. Yo también tengo un padre con el que no congenio, un hombre terco y con las ideas tan claras, que ofuscan totalmente las de los demás. Es algo que no ayuda a hacer amigos, desde luego. Por eso, muchas veces me he visto... maltratado por otros, solo por ser su hijo.

—Así es. —El rostro de Glèdhorcha se ensombreció—. Pero prefiero no tocar ese tema.

—No se preocupe. —No corría prisa. Ya llegaría el momento, de ser necesario—. Lo que importa ahora es que hable con *lady* Lettie, y puedan aclarar qué es lo que sienten ustedes y si ella está dispuesta a apoyarle, en el caso de que decida cortejarla. Y yo puedo ayudarle en esa empresa. —Esperó un par de segundos, pero el muchacho no dijo nada—. ¿Tenemos, entonces, un acuerdo?

Glèdhorcha titubeó todavía un poco más, pero finalmente, tal como esperaba, le tendió la mano.

—Confío en usted, lord Badfields.

—Me doy cuenta —replicó Arthur, cuidando con esmero las palabras, mientras se estrechaban las palmas.

—Y le advierto que mi hermana Ishbel no es una mujer fácil de tratar. Si se enfada, que Dios se apiade de usted en esa barca.

Los pocos conocidos comunes a los que había interrogado discretamente desde que empezó a considerar el plan del secuestro, varios meses antes, siempre le habían

advertido de eso. Al parecer, Ishbel Puscat tenía un genio muy vivo. ¿Cómo le había dicho su prima, *lady Faith*, cuando tonteó con ella para sonsacarla? Ah, sí. «Una auténtica escocesa, descendiente directa de los Stuart más batalladores».

Bien. Iba a ser una relación interesante.

—No se preocupe, nado muy bien. A las malas, me arrojaré por la borda y la dejaré allí... Era una broma, hombre. —Rio—. Le doy mi palabra de honor de que la llevaré sana y salva a la orilla. —No especificó qué orilla y por suerte el otro no preguntó—. ¿Cuándo llega de Escocia?

—Pasado mañana. Yo salgo a primera hora para reunirme con ella en Defiance Manor, nuestra mansión de Nottingham. Mi padre ya está allí, desde hace un par de meses. —Arthur tomó nota del dato, aunque sin mucho interés. No era algo sorprendente. Dankworth solía pasar varios meses al año en aquel lugar—. No sé si nos quedaremos allí un día o dos, pero, en todo, caso calculo que estaremos por fin en Londres el martes que viene. —Su expresión se ensombreció—. Mi padre tiene planes para ella.

—¿Para su hermana? Espero que no sean matrimoniales. —Al momento, comprendió que se había excedido un poco, sobre todo por el toque de ironía que no había podido contener. Intentó arreglarlo—. Lo digo porque, por la cara que ha puesto, no deben ser muy halagüeños.

—No, desde luego. No lo son, me consta que no van a gustarle nada. Como bien ha dicho antes, a veces los padres están tan convencidos de estar haciendo lo correcto, que no atienden a otras razones. —Miró el reloj y se sobresaltó—. Discúlpeme, pero ahora debo irme —dijo, apurando su vaso—. Si le parece bien, me pondré en contacto con usted a mi vuelta y hablamos, para organizarlo...

—Por supuesto, descuide. Podríamos ir el jueves, quizá.

—Por mí, en cualquier momento.

—Bien. Hablaré con mis amigos. Supongo que dependerá, como siempre, de lord Gysforth y sus compromisos,

que suelen ser numerosos. Lord Rutshore últimamente es más flexible. De hecho, desde que se casó, apenas viaja.

—El día que decidan, me parecerá bien. Y, lo de *lady* Letizia...

—Eso sería a continuación, desde luego. —Sonrió. Le agradaba que aquel muchacho se mostrase tan interesado en Lettie. Esperaba que, cuando lo supiera, ella dejase de lado al poetastro que la había estado visitando dos o tres veces por semana a lo largo del último año. Arthur no le soportaba, ni a él ni a sus ripios—. No se preocupe. Hablaremos de ello cuando nos veamos. Esa misma noche, tras el paseo en barca, si le parece bien.

—Muy bien. —Glèdhorcha se puso en pie y Arthur le imitó. Se estrecharon otra vez las manos—. Hasta pronto.

—Adiós, amigo mío, adiós.

Arthur le siguió con los ojos hasta que cruzó la puerta del salón y desapareció definitivamente de su vista. ¡Qué enormemente distintos que eran a veces los padres y los hijos! A saber cómo resultaba ser la hermana, pero Glèdhorcha era un joven muy agradable, muy distinto a su padre, siempre tan frío y distante.

Volvió a sentarse y decidió repasar una vez más su plan, mientras terminaba de tomarse el *whisky* y encendía un cigarrillo. Fumar no era uno de sus vicios preferidos, ni mucho menos, pero le gustaba hacerlo de vez en cuando, porque lo encontraba elegante. Últimamente llevaba siempre una pitillera de plata con sus iniciales, llena de cigarros expresamente liados para él.

Expulsó una bocanada de humo imaginando la escena en la orilla del Támesis. Saludaría cortés a la hija de Dankworth, la ayudaría a subir al bote y remaría como al descuido, sin prisas, disfrutando de la noche. Quizá debería aprender alguna poesía romántica, para amenizar el tiempo y entretenerla. Poco a poco, se alejaría de Sleeping Oak y detendría la barca en la ribera contraria.